

CIUDADANÍA, RELIGIÓN Y ESPACIO PÚBLICO A LA LUZ DE “EL GOZO DEL EVANGELIO”, DEL PAPA FRANCISCO

Tomás Scherz

Vicario para la Educación. Arzobispado de Santiago.
Doctor en Filosofía por la Universidad de Tubinga.

1.- Alegría y novedad

En primer lugar, quisiera advertir que me he permitido asumir el tema asignado, a saber, *Ciudadanía, religión y espacio público*, en el contexto de la exhortación apostólica “El Gozo del Evangelio”, del Papa Francisco. Quisiera justificar esta perspectiva, diciendo que una reunión donde se vuelven a reflexionar los temas sociales y políticos, sin dejar en total olvido el trasfondo de la enseñanza social de Iglesia, creo que es la ocasión para vincular el mandamiento de la evangelización, y su alegría, con la promoción humana. Tal vinculación, lo podemos recordar, no es un tema nuevo.

El Papa Pablo VI, en su exhortación apostólica, *Evangelii Nuntiandi*, del año 1975, ya nos recordó que el mensaje religioso no podía mantener su consistencia sin esa efectiva promoción social y de la justicia (EN 31). De hecho, con la exhortación que ahora me sirve de trasfondo, se puede decir que también es fuente de alegría pensar en la promoción de la justicia y del bien común.

2.- La tristeza y la irrupción de una novedad personal y social

El contenido y la lectura invitan a una alegría que se enfrenta con un gran riesgo del mundo actual, a saber, “*una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada*”. Francisco expresa que cuando “*la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien*” (EG 2).

No sería extraño pensar que la alegría de la justicia y del bien común, del servicio a los más pobres, requiere de una verdadera vida interior. Despunta una alegría por una novedad que irrumpe en un contexto cultural y social que nos ha acostumbrado a una rutina laboriosa, pero que esconde una tristeza sutil.

Para graficar dicha alegría se me viene a la memoria la reflexión de Helmuth Plessner, quien, al hablar del fenómeno de la risa y del llanto, habla de un caso límite, literalmente de incontinencia, frente a una situación que interrumpe la lógica o costumbre interna, cual reacción corporal y que satisface o “explica” lo inesperado.¹ En el escenario de una clase magistral de filosofía, dictada por un profesor siempre severo y extremadamente formal, voz grave y contenidos impenetrables, expone en un silencio aterrador que el deseo de cambiar o de querer sorprender con extravagancias es expresión de una superficialidad antropológica. Hace el esfuerzo de escribir en la parte alta de la pizarra la palabra estoica “*harmonía*”, y al elevarse sobre las puntas del calzado impecablemente lustrado se deja entrever que el calcetín izquierdo es rojo y el derecho es verde. La sala explota en risa.

¹ Plessner, Helmuth. La risa y el llanto. Revista de Occidente. Madrid. 1960.

Por cierto que la alegría tiene un contenido mucho más profundo, y la risa puede ser solo jocosidad. Pero de lo que se trata es de entrar en otra lógica. Tanto en la manera de presentar el contenido que es siempre nuevo y siempre antiguo, Jesucristo y su Evangelio², como en las consecuencias en la vida eclesial y social. La exhortación de carácter universal está impregnada del lenguaje latinoamericano de Aparecida, especialmente cuando se insiste que para ser discípulos misioneros es necesario salir de sí. No se trata sólo de una alegría pasiva o receptiva. Nos propone una alegría al revés: la de salir de sí e ir a la periferia. Parece que por ahí iría la clave de esa alegría. Frente a los *“cristianos cuya opción parece ser la de una Cuaresma sin Pascua”* (EG 7) expone que el gran problema es la tentación de auto-referencialidad (EG 8). Por ello en los capítulos principales del documento se ensaña contra la *acedía individualista*, que como lo decían los antiguos es hija de una tristeza del alma. En clave social de la Iglesia, la justicia no es una realidad que se produce con la satisfacción de los intereses individualistas, sino con una voluntad que debe esmerarse por el bien común. Debe salir de la esclavitud individualista para integrarse a una ciudadanía que bien podemos llamar del Pueblo de Dios.

3.- El núcleo evangelizador de esta alegría

Después sugerir en su introducción esa dinámica centrífuga y una lógica que, siendo siempre antigua es, sin embargo, siempre nueva, se da a la tarea de exponer la necesidad de una transformación misionera de la Iglesia, sustentado por sobre todo en la idea de que el “bien siempre tiende a comunicarse. Toda experiencia auténtica de verdad y de belleza busca por sí misma su expansión, y cualquier persona que viva una profunda liberación adquiere mayor sensibilidad ante las necesidades de los demás. Comunicándolo, el bien se arraiga y se desarrolla. Por eso, quien quiera vivir con dignidad y plenitud no tiene otro camino más que reconocer al otro y buscar su bien. No debería asombrarnos entonces algunas expresiones de san Pablo: “El amor de Cristo nos apremia” (2 Co 5,14); “¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!” (1Co 9,16). Citando a Aparecida dice: “Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión” (Ap. 360)” (EG 10).

La transformación misionera de la Iglesia implica erradicar esos aspectos eclesiales que la hace ensimismarse. Para ello es necesario “salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio” (EG 20). Esto significa incluso exorcizar del mismo su carácter de cuerpo doctrinario cerrado: “Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre ‘nueva’ » (EG 11). En concreto cuando se habla de una jerarquía de verdades a anunciar, expone que el núcleo fundamental que resplandece es “la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado”, y que es necesario “conectar nuestro discurso con el núcleo esencial del Evangelio que le otorga sentido, hermosura y atractivo” (EG 34). Desde ahí que hay que buscar una simplicidad en el

² Al respecto son novedades que suscitan alegría escuchar, por ejemplo: “prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos” (Nº 48); “No es conveniente que el Papa reemplace a los episcopados locales en el discernimiento de todas las problemáticas que se plantean en sus territorios. En este sentido, percibo la necesidad de avanzar en una saludable «descentralización» (nº 16). Incluso sus neologismos nos interpretan en su definición de Iglesia: “...es la comunidad de discípulos misioneros que *primerean*, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan” (nº 24).

lenguaje, dentro de sus límites y comunicando “la verdad del Evangelio en un contexto determinado, sin renunciar a la verdad, al bien y a la luz que pueda aportar cuando la perfección no es posible. Un corazón misionero sabe de esos límites y se hace «débil con los débiles [...] todo para todos» (1 Co 9,22). Nunca se encierra, nunca se repliega en sus seguridades, nunca opta por la rigidez autodefensiva. Sabe que él mismo tiene que crecer en la comprensión del Evangelio y en el discernimiento de los senderos del Espíritu, y entonces no renuncia al bien posible, aunque corra el riesgo de mancharse con el barro del camino” (EG 45).

4.- Las dimensiones sociales de esta nueva lógica

Pero junto a este proceso de crecimiento con misericordia y paciencia (EG 45), explícitamente evangélico, el Papa agrega que la alegría del evangelio no es individual, sino comunitaria. Con ello introduce el aspecto de promoción que trae consigo el anuncio del Evangelio. A propósito de la crisis del compromiso comunitario y de algunos desafíos del mundo actual (EG 52), expresa como referente fundamental de la exhortación una “falta de alegría”. Es la que mencionábamos más arriba cuando hablábamos de una forma de afrontar una vida individualista, desplegada solo en un marco de economicista de la vida. Usando el lenguaje del reciente aparecido libro “El otro modelo”, podríamos decir, que se trata de una tristeza por falta de ciudadanía³.

El Papa Francisco habla de una “economía” que mata (EG 53), pues introduce todas las dimensiones de la vida en el de “la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil” y donde se ha dado inicio y promoción a una cultura del descarte: *“Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son “explotados” sino desechos, “sobrantes” (EG 53). Sus palabras se hacen duras a momentos: “En este contexto, algunos todavía defienden las teorías del «derrame», que suponen que todo crecimiento económico, favorecido por la libertad de mercado, logra provocar por sí mismo mayor equidad e inclusión social en el mundo. Esta opinión, que jamás ha sido confirmada por los hechos, expresa una confianza burda e ingenua en la bondad de quienes detentan el poder económico y en los mecanismos sacralizados del sistema económico imperante. Mientras tanto, los excluidos siguen esperando. Para poder sostener un estilo de vida que excluye a otros, o para poder entusiasmarse con ese ideal egoísta, se ha desarrollado una globalización de la indiferencia. Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera” (EG 54).*

5.- El rol del Estado y una ciudadanía que busca el cuidado de la periferia

Es interesante la consideración del tipo de convivencia social basada sobre una dinámica económica que no da lugar al Estado. Expone: *“La crisis mundial que afecta a las*

³ Atria, F.; Larraín, G.; Benavente, J.M.; Couso, J. y Joignant, A. *El Otro Modelo*. Debate. Santiago. 2013.

finanzas y a la economía pone de manifiesto sus desequilibrios y, sobre todo, la grave carencia de su orientación antropológica que reduce al ser humano a una sola de sus necesidades: el consumo” (EG 55). Y continúa: “mientras las ganancias de unos pocos crecen exponencialmente, las de la mayoría se quedan cada vez más lejos del bienestar de esa minoría feliz. Este desequilibrio proviene de ideologías que defienden la autonomía absoluta de los mercados y la especulación financiera. De ahí que nieguen el derecho de control de los Estados, encargados de velar por el bien común” (EG 56). Se nos viene a la memoria la clásica configuración de lo social como originado solo sobre la base de contratos que permiten vigilar los intereses individuales, como si estos últimos fuera la primera base de la convivencia y donde el bien común no es más que un eufemismo para decir que, el bien común, es el común interés en vistas de los derechos más importantes: los individuales.

La ley de esos contratos negociados no es expresión de un diálogo en vista de un bien para todos. Se reitera aquí el convencimiento de que detrás del contractualismo se esconde una mirada individualista en las relaciones sociales. Así Norberto Bobbio, al decir: *“que un dato del que no se puede imaginar nada más adecuado para una concepción individualista de la sociedad no es el appetitus societatis, sino el instinto de conservación, el spinoziano conatus sese conservandi”*⁴. Como el mercado sin control que se vuelve una guerra de subsistencia ejercida por el más fuerte, el Papa habla de una *“tiranía invisible, a veces virtual, que impone, de forma unilateral e implacable, sus leyes y sus reglas”* (EG 56).

Es interesante que el Papa Francisco hable de una incorporación de realidades periféricas como una forma esencial para una ética en la vida pública. Exorciza de esa manera una suerte de complacencia en los aparentes equilibrios macroeconómicos y políticos. Según sus propias palabras: *“La ética -una ética no ideologizada- permite crear un equilibrio y un orden social más humano. En este sentido, animo a los expertos financieros y a los gobernantes de los países a considerar las palabras de un sabio de la antigüedad: «No compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. No son nuestros los bienes que tenemos, sino suyos» (San Juan Crisóstomo)”* (EG 57).

Más adelante explica lo anterior: *“cuando la sociedad –local, nacional o mundial– abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar indefinidamente la tranquilidad. Esto no sucede solamente porque la inequidad provoca la reacción violenta de los excluidos del sistema, sino porque el sistema social y económico es injusto en su raíz. Así como el bien tiende a comunicarse, el mal consentido, que es la injusticia, tiende a expandir su potencia dañina y a socavar silenciosamente las bases de cualquier sistema político y social por más sólido que parezca. Si cada acción tiene consecuencias, un mal enquistado en las estructuras de una sociedad tiene siempre un potencial de disolución y de muerte”* (EG 59).

Palabras duras que no podrían aplacarse si dentro de una cosmovisión de lo público no volviéramos a los proyectos verdaderamente comunes. Francisco sabe que una cultura, *“en la cual cada uno quiere ser el portador de una propia verdad subjetiva, vuelve difícil que los ciudadanos deseen integrar un proyecto común más allá de los beneficios y deseos personales”* (EG 61). El desafío se impone ante una cultura que ha privilegiado los derechos individuales.

⁴ Bobbio, Norberto y Bovero, Michelangelo. *Sociedad y Estado en la Filosofía Moderna. El modelo Iusnaturalista y el Modelo Hegeliano-Marxiano*. Fondo de Cultura Económica. 1997. Pp. 83-84.

6.- Una religión triste o una buena noticia en medio de la tristeza

Al destacar este aspecto de la persona monopolizada por una visión individualista, Francisco nos sitúa contextualmente en el tercer tema que esta exposición pretende abordar, el de la religiosidad, cual correlato de la cultura cívica y política dominada por una tristeza auto-referente: *“El aislamiento, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios”* (EG 89). Hace mención incluso de sectores de nuestras sociedades en que *“crece el aprecio por diversas formas de «espiritualidad del bienestar» sin comunidad, por una «teología de la prosperidad» sin compromisos fraternos o por experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista”* (EG 90). Expresa además que esta “mundanidad espiritual” como también la llama, puede darse en el seno de nuestra Iglesia: *“En algunos hay un cuidado ostentoso de la liturgia, de la doctrina y del prestigio de la Iglesia, pero sin preocuparles que el Evangelio tenga una real inserción en el Pueblo fiel de Dios y en las necesidades concretas de la historia. En todos los casos, no lleva el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado, se encierra en grupos elitistas, no sale realmente a buscar a los perdidos ni a las inmensas multitudes sedientas de Cristo. Ya no hay fervor evangélico, sino el disfrute espurio de una autocomplacencia egocéntrica”* (EG 95)⁵.

Por lo mismo la respuesta a esta situación la vuelve a encontrar en la salida de sí mismo. La falta de alegría del que se ensimisma –tanto individual como colectivamente- se explica en un vicio que puede opacar simultáneamente el temple religioso y el interés por el bien común. Se trata de la vieja y poco recordada acedia, cual vicio capital actual de una tristeza autorreferente. No se trata de la usual dejadez o modorra, sino de una falta de grandeza de ánimo que se puede esconder, paradójicamente, en una gran laboriosidad, pero casi siempre auto-referencial. Como decía Josef Pieper, el famoso tomista de la primera mitad del siglo 20: *“Lo opuesto a la acedia no es la laboriosidad y la diligencia, sino la grandeza de ánimo y aquella alegría que es fruto del amor divino sobrenatural. La acedia y la diligencia burguesa no solo pueden coexistir perfectamente, sino que hay que buscar el origen desmesurado y excesivo del pathos del trabajo, propio de esta época, en la acedia, que es precisamente un rasgo fundamental de la fisonomía espiritual de esta época”*⁶. Ese salir de sí, no es solo una invitación voluntarista personal, sino sobre todo del peregrinar Pueblo de Dios, la Iglesia en su reivindicación postconciliar. Se trata de una dimensión comunitaria de la espiritualidad y de una mirada por el otro y el prójimo. Es interesante que casi hacia el final del documento, Francisco habla del gusto espiritual por ser “Pueblo de Dios” como una forma concreta de ser “Evangelizadores con Espíritu”. Pero esto significa algo especial; uno suele decir, algo espiritual, más el Papa explicita con la Palabra de Dios:

⁵ Es la tragicómica vanagloria de aquellos grupos, que en la expresión del Papa Francisco se “conforman con tener algún poder y prefieren ser generales de ejércitos derrotados antes que simples soldados de un escuadrón que sigue luchando” (EG 96).

⁶ Josef Pieper, *Sobre la esperanza*, en: J. Pieper. *Las Virtudes Fundamentales*. 2003. P. 394.

“«Vosotros, que en otro tiempo no erais pueblo, ahora sois pueblo de Dios» (1 Pe 2,10). “Para ser evangelizadores de alma también hace falta desarrollar el gusto espiritual de estar cerca de la vida de la gente, hasta el punto de descubrir que eso es fuente de un gozo superior. La misión es una pasión por Jesús pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo su amor que nos dignifica y nos sostiene, pero allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo. Así redescubrimos que Él nos quiere tomar como instrumentos para llegar cada vez más cerca de su pueblo amado” (EG 267).

Es evidente que esta conciencia de Pueblo nos viene por el bautismo y exorciza cualquier eslogan populista, pero ello no significa una mañosa interpretación con la que muchos reivindican, sociológicamente, la concepción originalmente religiosa del concepto de consagrado, como separado. Al contrario, se trata del hermano de Jesucristo, que se ofreció, murió y resucitó por todos⁷, especialmente por los estigmatizados, por todos nosotros pecadores y especialmente por los más pobres.

7.- Propuestas para asegurar una dimensión social de la evangelización

Dentro de esta nueva lógica de la alegría, el Papa Francisco dedica un capítulo completo a la necesaria explicitación de la dimensión social de la evangelización. Si bien ya se deja ver mucho en lo precedente, insiste aquí en una prioridad para redescubrir esta relación entre nuestra fe, la religión, y la convivencia que a todos importa. Se anuda aquí un elemento esencial entre religión y la convivencia social. Él propone la inclusión social de los pobres y de la paz y el diálogo social (EG 185ss). En ese contexto emplea un vocabulario que fue sospechoso en Latinoamérica durante los años sesenta. Me refiero a la Teología de la liberación. En lo que sigue el vocabulario no tiene eufemismos: “Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo. Basta recorrer las Escrituras para descubrir cómo el Padre bueno quiere escuchar el clamor de los pobres: «He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he escuchado su clamor ante sus opresores y conozco sus sufrimientos. He bajado para librarlo [...] Ahora pues, ve, yo te envío ...» (Ex3,7-8.10)” (EG 187).

Por cierto que esta reivindicación de los contenidos de la Teología de la liberación no aparecen como una oportunidad pendular o como una temeridad provocadora, sino como la continuidad de un magisterio, sobre todo bíblico, que invita con “*contundencia al amor fraterno, al servicio humilde y generoso, a la justicia, a la misericordia con el pobre*”. Esa propuesta no necesita contexto o justificación especial, pero a propósito de la perplejidad que podría suscitar en ciertos círculos ortodoxos, recuerda que precisamente “*a los defensores de «la ortodoxia» se dirige a veces el reproche de pasividad, de indulgencia o de complicidad*”

⁷ En esta reivindicación de la dignidad del laico bautizado que sabe salir de sí, propone a la mujer como un ejemplo cotidiano: “La Iglesia reconoce el indispensable aporte de la mujer en la sociedad, con una sensibilidad, una intuición y unas capacidades peculiares que suelen ser más propias de las mujeres que de los varones. Por ejemplo, la especial atención femenina hacia los otros, que se expresa de un modo particular, aunque no exclusivo, en la maternidad. Reconozco con gusto cómo muchas mujeres comparten responsabilidades pastorales junto con los sacerdotes, contribuyen al acompañamiento de personas, de familias o de grupos y brindan nuevos aportes a la reflexión teológica. Pero todavía es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia” (n° 104).

culpables respecto a situaciones de injusticia intolerables y a los regímenes políticos que las mantienen” (EG 194). Lo que sí parece clave en la interpretación de la ortodoxia, cuya belleza “no puede ser adecuadamente manifestada por nosotros”, es un signo que no debe faltar jamás, a saber: “*la opción por los últimos, por aquellos que la sociedad descarta y desecha*” (EG 195).

La segunda preocupación es acerca de la paz y el diálogo social. Para ello repite que la primera no es “*una mera ausencia de violencia lograda por la imposición de un sector sobre los otros*”. Pero junto a esa convicción hace una íntima ligazón con la preocupación anterior: “*sería una falsa paz aquella que sirva como excusa para justificar una organización social que silencie o tranquilice a los más pobres, de manera que aquellos que gozan de los mayores beneficios puedan sostener su estilo de vida sin sobresaltos mientras los demás sobreviven como pueden. Las reivindicaciones sociales, que tienen que ver con la distribución del ingreso, la inclusión social de los pobres y los derechos humanos, no pueden ser sofocadas con el pretexto de construir un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz*” (EG 218). La vieja doctrina magisterial de que la paz es fruto de la justicia vuelve a aparecer, como una novedad que pareciera hay que volver a enseñar, acentuando además la idea del diálogo (cf. EG 219 y 239). Es interesante lo que dice en una corta referencia al tema de la educación: “*Algunos simplemente se regodean culpando a los pobres y a los países pobres de sus propios males, con indebidas generalizaciones, y pretenden encontrar la solución en una «educación» que los tranquilice y los convierta en seres domesticados e inofensivos. Esto se vuelve todavía más irritante si los excluidos ven crecer ese cáncer social que es la corrupción profundamente arraigada en muchos países – en sus gobiernos, empresarios e instituciones– cualquiera que sea la ideología política de los gobernantes*” (EG 60).

Durante los movimientos estudiantiles del año 2011, escuché y leí en algunas murallas, algunos argumentos similares en torno a la calidad de la educación: que ella no se convierta en una domesticación acrítica, y por otro lado, que se hace necesario la necesidad de reinstaurar la educación cívica. Me parecía promisorio una entrada con al menos esas dos premisas, pero la legítima denuncia del lucro y/o la reivindicación de gratuidad, parece que hacen olvidar la reflexión integral de denuncia y propuesta.

8.- La dimensión religiosa como aval de una vida pública fecunda

Por último, cuando Francisco advierte que la evangelización implica un diálogo social y con ello una contribución a la paz, expone que para la Iglesia “*en este tiempo hay particularmente tres campos de diálogo en los cuales debe estar presente, para cumplir un servicio a favor del pleno desarrollo del ser humano y procurar el bien común: el diálogo con los Estados, con la sociedad –que incluye el diálogo con las culturas y con las ciencias– y con otros creyentes que no forman parte de la Iglesia católica*” (EG 239). Parece una coincidencia con el propósito de esta exposición. La integración dialogal con la organización del Estado, con la evidente dimensión pública y cultural de la acción ciudadana, y la integración en ella de la vocación creyente –sea partícipe de nuestra confesión religiosa o no– que después de un período largo de desacreditación ilustrada vuelve a ser reconsiderada por sociólogos y filósofos, y no solo como una opción privada.

Al menos para el creyente cristiano, especialmente católico, el Papa Francisco sugiere que esa trilogía eclesial-política, si se me permite el término en su acepción más amable y

que asume esa consecuencia social de la misión evangelizadora, requiere no solo del encuentro personal con Jesucristo, sino del mencionado gusto espiritual de pertenencia al pueblo, de la *“mística de acercarnos a los demás y de buscar su bien”* (EG 272), y de una decidida confianza en el Espíritu Santo, que viene en nuestra debilidad (Rm 8,26). Esta última recomendación aparece como una piedad anacrónica y desusada, sobre todo en nuestra cultura privada de la total autonomía y emancipación. Francisco cuenta su propio testimonio de perplejidad, tal como lo hacen expertos de enseñanza social de la Iglesia pero que se ruborizan de su contenido estrictamente religioso: *“Es verdad que esta confianza en lo invisible puede producirnos cierto vértigo: es como sumergirse en un mar donde no sabemos qué vamos a encontrar. Yo mismo lo experimenté tantas veces. Pero no hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace falta en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!”* (EG 280). Esa fecundidad se deja ver en los proyectos corporativos que buscan el bien del hombre y de la mujer, y que desde la experiencia de la historia, nunca pueden reivindicarse absolutamente desde la inmanencia.

Como lo exponía Hermann Lübbe, la religión, incluso después de la Ilustración, no es solo una praxis que impide dejar ser devorado por la contingencia⁸ -expresión tan usualmente vinculada a la actividad política-, sino un regalo para dejarse orientar por un sentido en la historia y por un dejar aparecer -no sin nuestra obligación religiosa de piedad y justicia- al único justo y destino de los pueblos. El creyente sabe que la vida pública no es un escenario para hacer apología de reivindicaciones exóticas, sino el lugar que Dios ha escogido visitar en su Hijo Jesucristo. La Buena Noticia del Evangelio que suscita alegría, no es solo para ser anunciada en los templos, sino para ser comunicada, dialogada y construida desde sus atrios hasta las periferias más extrañas, olvidadas y ajenas.

⁸ Lübbe, Hermann. *Religion nach der Aufklärung*. 1986, 178ss.

